progresivos, deben orientar su política económica hacia el principio de libertad comercial, con el que no se atreven á romper por completo ni siquiera aquellos Estados que, bajo la presión de algunas circunstancias ó preocupaciones, se desvían de ese principio.

CAPITULO VII.

LAS CRISIS COMERCIALES.

Diferente naturaleza de las crisis comerciales.--Causas de las crisis comerciales ó agrícolas generales.—Remedios propuestos contra las crisis económicas.—Consecuencias algunas veces felices de las crisis.

Diferente naturaleza de las crisis comerciales.—El regular funcionamiento de la agricultura, del comercio y de la industria, se ve de tiempo en tiempo alterado por crisis que perturban la producción y provocan su estancamiento parcial; los agricultores se lamentan de no poder vender sus productos, y los comerciantes y los industriales ven sus almacenes atestados, y no pueden desembarazarse, á veces ni con pérdidas, de sus mercancías. Se reduce entonces el trabajo en las fábricas, y aun algunas de ellas son clausuradas. ¿Cuál es la causa de esos tristes fenómenos, que sujetan á tan dura prueba á la masa de una población?

Las crisis mercantiles, industriales ó agrícolas pueden ser parciales y accidentales, ó ya generales y casi universales. En el primer caso reconocen una causa que es, con pocas excepciones, fácil de descubrir. Así, durante la guerra separatista entre el Sur y el Norte de los Estados Unidos, de 1860 á 1865, los distritos de Inglaterra y del Continente europeo, en que se trabaja el algodón, se vieron hundidos en la más negra miseria. Siendo los Estados Unidos los que suministraban casi la totalidad de los abastecimientos europeos de algodón, y habiendo los azares de la guerra, así como el bloquéo de las costas americanas desvastado las plantaciones y suspendido las llegadas de buques, los fabricantes de tejidos de algodón hubieron de restringir su fabricación, y aún paralizaron varios completamente el trabajo, despidiendo á sus obreros. Las fábricas de lana y de linos, por el contrario, hubieron de desarrollar su producción.

Se podrían citar algunos otros casos de crisis comerciales y agrícolas parciales ó localizadas; entre ellas la de la filoxera en el mediodía de Francia, fué una de las más intensas. A partir de 1867, pero sobre todo de 1872 á 1873, los viñedos franceses fueron desvastados y destruidos con rapidez asombrosa por un insecto, hasta entonces desconocido, importado de América y llamado *filoxera*. Como por la sequedad del suelo, los departamentos del mediodía no podían ofrecer producción alguna tan remuneratoria como la viña, la destrucción de los viñedos meridionales hundió en la miseria á todas las poblaciones del sur que antes vivían con la mayor holgura. La propiedad se redujo á la mitad, las tres cuartas partes y aun más todavía de su valor; los salarios decayeron también á su mitad y la tercera parte, y muchos viticultores se vieron precisados á emigrar á los departamentos vecinos y á Argelia.

Las crísis parciales ó locales son como una plaga natural que descarga sobre una región. No hay medio alguno de prevenirlas. La división territorial del trabajo, tan extremada en las sociedades modernas, aumenta la gravedad de estas crísis, que son el precio de los beneficios de la misma división del trabajo.

Además de la crísis parciales ó locales, hay crísis industriales ó mercantiles que lesionan á la vez casi todas las industrias y hasta el mundo entero. De 1882 á 1886 y más tarde, de 1889 á 1891, los países civilizados han atravesado por una prueba de ese género, singularmente generalizada.

Causas de las crísis comerciales y agrícolas.—El público generalmente atribuye

las crísis á lo que llama exceso de producción ó *sobreproducción*. En su concepto se han producido todas las cosas en demasía: demasiado trigo, carne, fierro, vestidos, calzado, casas etc-

Esta explicación aunque especiosa, es errónea. Dada la extensibilidad de las necesidades humanas, y la situación aun miserable de un gran número de individuos, la humanidad, en general no puede tener demasiados productos á su disposición; no puede lamentar la superabundancia de trigo, carne, vestidos, calzado, casas etc., cuando tanta gente en el mundo entero, y aun en los países más afortunados, no puede todavía comer pan blanco ni carne, se encuentra casi descalza y apénas puede alojarse en condiciones muy defectuosas.

La humanidad está muy lejos de llegar alguna vez, á que le perjudique la cantidad de productos de que puede disponer, en consecuencia las crisis no pueden deber su origen á un exceso general de producción.

Sin embargo, puede existir cierta exageración en algunas producciones especiales, y sobre todo, puede ocurrir una desproporción entre la cantidad ofrecida de determinados objetos y los hábitos actuales de la población; acontece tambien que algunos artículos que la humanidad consumiría gustosa en cantidades más

considerables, son ofrecidos á precios no accesibles para todas las clases consumidoras.

Solo hay un pequeño número de objetos cuya producción puede, de un modo absoluto y cualquiera que sea su precio, exceder á las necesidades humanas; entre ellos se encuentran desde luego algunos objetos de consumo estrictamente personal y no extensible, como los féretros, por ejemplo y las cunas; mueren y nacen en Francia poco más ó menos un millón de séres humanos anualmente; si cada año se fabricasen dos millones de ataudes ó dos millones de cunas, y que por alguna circunstancia cualquiera, no fuese posible la exportación de esos objetos, habría una superabundancia manifiesta de ellos, y á cualquier precio que fuesen propuestos, no se podría encontrar tomador de una partida.

También puede haber superabundancia de producción de ciertos instrumentos, porque la humanidad no puede consumirlos indefinidamente, por ejemplo: de agujas, alfileres, palas, azadones, carros, wagones, rieles para ferrocarriles, locomotoras. Para esta clase, sin embargo, el límite de consumo, sobre todo de los últimos objetos citados, está muy léjos de poderse fijar de una manera tan precisa é invariable, como respecto de la anterior.

Pero no puede haber exceso general y permanente, al menos de un modo absoluto, de las mercancías que se prestan á usos muy variados y á necesidades humanas extensibles, como los tejidos que sirven no solamente para vestidos, sino como tapices y colgaduras; como el fierro que tiene mil aplicaciones posibles; el trigo y la carne de que aún carece mucha gente; las casas, cuando tantos individuos viven todavía hacinados en covachas.

Por lo tanto solo hay una desproporción entre el precio de costo de un objeto del que una gran parte de la humanidad no está aun suficientemente provista, y los medios de pago que de puede disponer un gran número de gentes. De otra suerte se desarrollan nuevos hábitos ante los cuales hay que ceder, como el de vestir, alojarse y ajuararse más cómoda y elegantemente. El exceso de producción á que nos referimos, es pues más bien aparente que real, y temporal que durable.

Las dos causas que determinan las crisis comerciales generales, son, por una parte la fiebre de la especulación y el abuso del crédito; y por la otra, los progresos repentinos y considerables en la fabricación y los medios de transporte.

Cuando se vive en un período de prosperidad, y los negocios, según la expresión vulgar «marchan bien,» y los fabricantes

obtienen grandes beneficios, la facilidad de ilusionarse, innata en muchos espíritus. conduce á formar por todas partes nuevas empresas, á inmovilizar los capitales en construcciones de todas clases, y contraer multiplicados préstamos, que sólo tienen el estímulo de utilidades aleatorias. El crédito se desarrolla entonces en extremo, se presta sin consideración de ninguna especie, y se adquieren compromisos de un modo inmoderado; el menor acontecimiento desfavorable viene á derrumbar todos esos efímeros trabajos, como el soplo más ligero desbarata un castillo de naipes.

Sin embargo, la causa más activa de las crisis comerciales, son los progresos repentinos, generales y profundos, en la fabricación y los medios de transporte; resultan de ellos nuevas condiciones de competencia y de precio que sorprenden y desconciertan al mayor número de productores. Los cálculos que parecen más juiciosos, se encuentran de repente desmentidos por el aflujo de nuevos productos en condiciones de baratura que no se habían previsto, produciéndose, como consecuencia, una perturbación momentánea que en ocasiones puede prolongarse por varios años. Hay que adoptar nuevos arreglos y combinaciones, y á este resultado no se llega sin trabajos ni dolores.

Las crisis mercantiles en el presente ca-

so pueden considerarse como las crisis de desarrollo en los adolescentes, ó de la dentición en los niños. Constituyen, en cierto modo, un mal necesario que la naturaleza impone; es el precio de un progreso rápido y considerable.

Se ha advertido que las crisis que resultan de los abusos del crédito y los excesos de la especulación, que en sí misma no constituye un mal, sino una fuerza útil, solamente sujeta á perturbaciones, tienen una tendencia á repetirse periódicamente, cada diez ó doce años, por ejemplo. Eso se explica porque las faltas de los padres no experimentan á los hijos, y las épocas de prosperidad, á pesar de todas las lecciones del pasado, determinan inevitablemente la infatuación.

Las crisis que provienen de la instantaneidad de los grandes cambios industriales, tienen una periodicidad casi regular, y se repiten con intervalos más largos; pero tienden también á retrogradar á épocas más ó menos remotas. La causa de este fenómeno, es que el progreso agrícola ó manufacturero, no se realiza de un modo continuo y uniforme; tiene períodos de rápido y general progreso, que producen en el mundo algo así como una fiebre ó una conmoción, y períodos de calma y de reposo; los primeros son más gloriosos para el género humano, mas los segundos son quizá más felices.

Remedios propuestos para las crisis económicas.—No hay remedio alguno eficaz para las crisis económicas, y sería, por lo tanto, presuntuoso soñar en prevenirlas de un modo absoluto. Se necesitaría arrancar del alma de cada nueva generación las ilusiones, á fin de que no se dejase arrastrar por exajeradas especulaciones y abusos del crédito; así mismo sería necesario canalizar el progreso humano, á efecto de que se deslizase lentamente, en lugar de precipitarse en irrupciones violentas, seguidas pronto de períodos de languidez ó de estancamiento. Ni el hombre, ni la sociedad tienen semejante poder.

Cuando una crisis económica es especial y local, como la crisis algodonera de 1860 á 1865, ó la de la filoxera en el mediodía de Francia, puede haber algunos paliativos. Pueden emprenderse, con mesura y discernimiento algunas obras públicas en las regiones perjudicadas. Se puede facilitar la emigración, mas conviene obrar con prudencia; porque siendo pasajera esta clase de crisis, faltarían brazos al restablecerse la prosperidad, favoreciendo sin medida la inmigración. La previsión de los particulares, y el ahorro en los tiempos prósperos, son los mejores medios para mitigar esos días de prueba.

En las crisis comerciales generales, que se extienden en todo un país y á todas las industrias, los paliativos no sirven de mucho. El Estado apenas puede representar un papel insignificante en tales circunstancias; debe ser prudente y económico para saber inspirar confianza. Abriendo talleres nacionales, como alguien lo propone, agravaría y antes bien prolongaría la crisis; en efecto, mantendría las ilusiones y alentaría las pretensiones exajeradas, á que la crisis debiese su origen.

Por otra parte, frecuentemente el Estado ha ejercido sobre la industria cierta acción perturbadora. Cuando por ejemplo, los Estados mandan construir, en épocas de prosperidad, un número exagerado de kilómetros de ferrocarriles, ó emprenden obras públicas á todo trance, desnaturalizan las condiciones naturales de las industrias, así como las relaciones normales de las utilidades y los salarios; favorecen la sobrexitación y hacen nacer establecimientos superabundantes, inclinando á la alza excesiva y prematura el precio de la mano de obra. Los Estados no saben pues guardar la prudencia debida, así como ejercen presión cuando se mezclan en la industria y la subvencionan, ó la avivan y la mantienen con sus pedidos.

Consecuencias algunas veces felices de las crísis económicas.—Las crísis comerciales, no obstante los males que provocan, tienen una consecuencia feliz: viéndose lesionados todos los productores, hacen, desde el punto de vista económico, su examen de conciencia; reexaminando toda su organización, reforman las partes defectuosas, evitan los desperdicios de materias primas, adoptan mejores procedimientos, y obtienen menores precios de costo que antes. Los salarios y las utilidades se reducen á tipos razonables; se recuperan y regularizan los hábitos de trabajo; el crédito se consolida y adquiere mayor discernimiento. De todo esto resulta que después de una crísis comercial de alguna duración, la producción de muchas mercancías se aumenta, á causa de que se forman nuevas clases de consumidores; el progreso, que á primera vista aparece como perturbador, se consolida; y en definitiva la humanidad, después de una sacudida penosa y más ó menos prolongada, se encuentra teniendo á su disposición más medios de satisfacer sus necesidades y placeres.